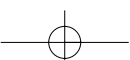
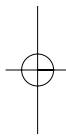
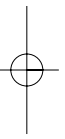
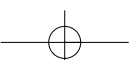
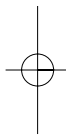
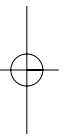
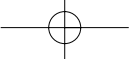


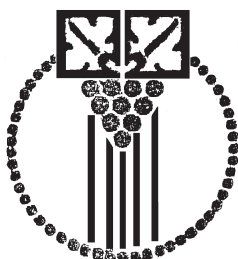
ANEXOS





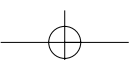
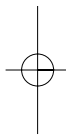
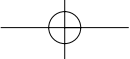
LA CALLE DEL PUYUELO

Conferencia leída por el
Dr. Juaristi el día 28 de
Noviembre de 1925, en el
Ateneo Guipuzcoano.



SAN SEBASTIAN
IMPRESA Y ENCUADERNACION "LA VOZ DE GUIPÚZCOA"
Calle de San Marcial, 10

1925



**Conferencia leída por el Dr. Juaristi, el día 28 del pasado,
en el Ateneo Guipuzcoano**

*A la memoria de Serafín Baroja,
precursor del humorismo,
hombre bueno, sabio, comprensivo,
ameno y jovial,
dedico estos recuerdos*

Prólogo

En la casa que lleva el número 29 de esta calle, vine al mundo, aprendí sus amarguras, celebré mis nupcias, y oí los primeros llantos de un hijo mío. Dos veces nací en ella: una, del vientre de mi madre y otra del suelo de su portal donde sin gras quebranto dí cierto día con mi cuerpo, cayendo desde el cuarto piso. Esta voltereta me dió siempre el vértigo de las alturas y el horror al oficio de mi padre, que arreglaba los canales en los tejados.

Era mucha calle aquella. Lo tenía todo para palpar como una pe-

queña ciudad: un hospital, un tribunal, una escuela, muchas tabernas, una aristocracia, una plebe... un gran hombre, un idiota, sólo le faltaba una iglesia y un lupanar; pero los curas abundaban, (tanto, que dieron su nombre vascongado á la calle, apaiz-kalea), y las ramerillas se asomaban al patio mismo de nuestra casa.

Para saber su historia, no hay otra fuente más próxima que un folleto de Serapio Múgica, que le consagra tres páginas.

En ellas dice que es de las más antiguas, pues allí comenzó el incendio de 1338 y que en el de 1813, era la más larga de la ciudad. Luego se ocupa de la etimología de la palabra Poyuelo, (que es como primero aparece escrita) y la supone de origen lemosín equivalente a montículo, lo que concuerda con la elevada situación que ocupa-

VICTORIANO JUARISTI

ba entonces (y aun ahora, en menor grado) el extremo próximo al muelle. Es decir, que Poyuelo sería el diminutivo castellano de la palabra gascona Puy, y el equivalente de la vascongada Larreche, que designa calle y barrios de nuestro país, como la de Larrechipi en Irún y el de Larrochapea, en Pamplona. Por cierto que allí lo describen de otro modo; La, como artículo y Rochapea como sustantivo; en esto imitan á los carabineros, que han convertido el barrio de Lastaola, en La Estaola, y han transformado á Elizacho, en Elichó, primero, y en El Nicho después. No me convencen mucho los argumentos de nuestro ilustre archivero. Me parece que el gascón nada tiene que ver en este asunto. Puyuelo hay en Aragón y en Castilla; Puyuelo fué un famoso platero del siglo XVII... Me parece más simpática la interpretación de una cocinerita madrileña que decía la "caye del Poyuelo"; el polluelo sería una especie de Caballero de Gracia que danzaba en las verbenas donostiarra del siglo X.

No dice otra cosa el libro de Múgica. Yo quisiera añadir algo más vivo, más humano: y se me ha ocurrido que acaso sería divertido iluminar las estampas con algunas evocaciones musicales.

* * *

Carmen

En el telón sucio, gris, como de vieja decoración de calle populosa, que me cerraba el horizonte, había un balcón con rojos claveles y una jaula con un canario. Parecía que los pintaban de nuevo todos los días.

Cuando el sol estaba muy alto, solíase asomar entre los aleros de uno y otro lado; entónces, el canario preludiaba con trinos y arpegios una canción y salía Carmen á escena; una Carmen auténtica, andaluza, grácil, con bellos ojos negros, pero un poquito picada de viruelas. Cantando, cuidaba su pajarillo y sus claveles; cantando, se arreglaba las ondas de su negro cabello ante un espejillo; cantando esperaba á los suyos, laboriosos componedores de redes y aparejos de pesca...

Un día, llegó un hábil tallista, pidióla por esposa, y Carmen se fué con sus claveles y con su canario. El sol y yo les echamos de menos.

Ofelia

En una tienda, Otaze, el zapatero, dibuja con la cuchilla el perfil de una media caña; un mozalbete, hijo suyo, machaca la suela, y una niña respuntea el charol. Las trenzas de la niña parecen de lino; su mirada es azul, su piel tiene transparencias nacaradas. Baja los ojos

LA CALLE DEL PUYUELO

cuando pasa el estudiante, pero luego le sigue con ellos. El estudiante no repara en ella. Pero cuando se ha hecho un nombre, se ha acordado mucho de la niña rubia.

Goyescas

No en calesas, sino en elegantes landós, suben las majas Mantillas de blondas, peinetas de concha, flores en el pecho. Toda la calle está en los balcones, para ver pasar a las “señoritas” que van á su palco. Una vez al año, (el día de la Virgen de Agosto), y sólo por media hora, era mi calle la calle de la Paloma.

Brunilda

Esta, ya no es una niña. Una opulenta adolescencia modeló su cuerpo, pintó de rojo sus labios y dio á su mirada un brillo que turba á los hombres. Viste con elegancia y en sus ociosas muñecas brilla una cadena de oro. Escribe algún rato sobre los libros de comercio y luego sale á la puerta del almacén de hierros de sus hermanos, á esperar á que sus amigas vengan a buscarla para salir de paseo.

Frente á la ferretería, se vende el pan nuestro de cada día, que el estudiante tiene que comprar alguna vez, por mandato de su madre,

atareada. El estudiante es tímido, porque le avergüenza y le acobarda su pobreza; el estudiante quisiera pasar ante Brunilda con trofeos de Sigfrido; pero con el rostro encendido y pegado a la pared, pasa delante de la hermosa escondiendo bajo la chaqueta, un largo y tostado pan de sopa. Y esta timidez y esta vergüenza, le acompañarán como un estigma toda su vida.

Las walkyrias

De un salto, bajan de sus cabalgaduras, gritando y enseñando sus dientes blancos. Una de ellas prepara el hidromiel en la gruta oscura dónde las otras van descargando y escondiendo sus tesoros. Son las carboneras que han venido en machos desde los montes de Oyarzun.

–Dónde están las carboneritas?

–Dónde están las del carbón?

–En la calle del Puyuelo
le darán á usted razón

Las alegres comadres

“Arriskabalbaten gañian-Arisirán truquian”

“Jugaban al mús, sobre una piedra plana” dice una sátira popular. Las triperas de la Brecha, las polle-ras, celebran sus dominicales despellejando á todo bicho viviente,

VICTORIANO JUARISTI

desplumándose unas á otras con la grasienta baraja y relamiéndose después de dar un sorbetón á la copa de anisado. Ahora, las polleras, visiten de seda los domingos y van á Biarritz en su Citroen.

La hechicera

Pasaba envuelta en un manto negro, recogidita y arrugadita. Su varita mágica, tenía el aspecto de una sombrilla vulgar, y toda su traza parecía indicar que ya no le quedaba ningún poder sobrenatural. Los vecinos la saludaban cariñosamente:

–Buenos días, doña Cándida!

La hechicera se metía en su portaluco silencioso y limpio, y nadie sabía qué conjuros y artilugios invocaba en su soledad. Un día, cayó el manto de la hechicera y apareció doña Cándida como un hada que hizo brotar un río de oro que fertilizó las iglesias y los conventos y las escuelas y los hospitales.

–¿Y no sale un príncipe encantador en esta leyenda?

–No; pero sale un noble pontificio; el conde de Ibar.

Lohengrin

La calle mojada y barrida por los chaparrones reflejaba las casas

y las gentes como el espejo de un río, no azul como el Danubio, sino negro como el Sprée. Por medio de su cauce, se deslizaban las leras, á modo de trineos arrastrados por bueyes; los muchachos, de pie, detrás de las tinas, nos dejábamos llevar con la majestad del “caballero del cisne”.

Los nibelungos

El martillo golpea á lo largo de la calle, desde el alba hasta el véspero. El pobre carpintero, el pobre linternerero, el pobre zapatero empedregados en sus pequeños talleres, trabajan como en la Edad Media, sin enterarse de que la ciudad se agranda, se hermosea, se enriquece. Mi padre, como Elorza, como Artola, vende marmitas y chanchillas a las lecheras, ó remienda sus cacharros por cuatro perras gordas; por “Todos los Santos”, alquila faroles para el cementerio; y cuando los temporales arrancan los canalones de los tejados, sube á los aleros para componerlos, de bruces contra las tejas, asomando el busto hacia la calle como una gárgola trágica.

Joshé-Mari, el linternerero, tiene un amigo, Mendishabal, que es cantero y trabaja en la traída de aguas.

–¿Cuánto ganas, Mendishabal?

–Cuatro pesetas. ¿Y tú?

–Cuatro pesetas –contesta Joshé-Mari.

Años después, se repite la pregunta.

–¿Cuánto ganas, Mendishabal?

–Cuarenta pesetas, cuatrocientas pesetas, cuatro mil pesetas, cuatrocientas mil pesetas, contesta el opulento contratista.

–¿Y tú, Joshé-Mari?

–Cuatro pesetas! –contesta el nibelungo de la calle del Puyuelo.

Cuando el estudiante se hizo médico, dijo al linternero:

–Padre, estás viejo. No subas á los tejados.

El nibelungo cedió su covacha a otro más joven, que, dos meses después, subió a un tejado, se cayó y se mató.

El pájaro de fuego

No está en la calle del Puyuelo, pero sí el mago que lo enciende y lo pasea en la noche, nimbado de luminosas bengalas, acostado por cascadas de oro, rutilante, detonante, apestante. Precisemos; no es un pájaro, es el “sesenzusco”, que el gran Esnaola, inspirado en un pasaje de las guerras púnicas inventó para regocijo de la juventud donostiarra, que además compraba en su platería el regalo para la novia, el anillo nupcial y el argentino

sonajero para el bienvenido pequenuelo.

Los maestros cantores

Sarriegui. “Sobre una mesa de pintado pino, melancólica luz lanza un quinqué.”

A sus reflejos, don Raimundo ha compuesto música: una marcha militar, á ratos pausada, á ratos majestuosa como un himno, á ratos juguetona, con el repique de los cuchillos sobre las mesas de una taberna de marineros; de pronto, parece que un instrumento pregunta:

–¿Qué tal si nos marcháramos con la música a otra parte?

Los demás contestan aceptando la proposición. Otra pregunta y otra respuesta categórica deciden á toda la banda, que se precipita por las calles, siguiendo al morrión de los gastadores y empujada por la multitud bulliciosa, mientras asoman en los balcones los vecinos, despertados por la tamborrada crepuscular.

La otra página musical es el “Iriyarena” que precede á la salida de las vaquillas ensogadas y acompaña al toro de fuego en sus ígneas incursiones en el tropel humano, que se apiña para hurtar el cuerpo

VICTORIANO JUARISTI

á unos fuegos y hacerlo caer en otros más quemantes.

Los juglares. Julián Unanue tiene un hostel, donde se reunen los bebedores más tranquilos de la calle y donde los tamborileros ensayan sus tocatas. Estas son siempre elegantes y casi siempre melancólicas, á pesar del ritmo saltarán que el tamboril acentúa: los pasacalles, los minuets y los zortzicos tienen un marcado sabor dieciochesco, como la casaca, el tricordio y las coloradas medias de los músicos, como la pseudoclásica portada de la Casa Consistorial, bajo cuyos arcos se dirán los silbantes sus melodías, mientras en la plaza llueve... llueve... llueve sin cesar.

Peña y Goñi. Escribió música, y también sobre toreros y pelotaris y comediantes y políticos. Frente á Sarriegui, en su casa natal, vertió en el pentágono unas emociones: la canción de cuna, los ecos de una romería, la exaltación del Arbol de Guernica...

Poeta y aldeano. Es decir, "bersolari"; es decir, Artola. Los Artola son, como los Juaristi, lintneros. El padre tiene una sotabarba, unos anteojos y un gorro de seda con visera, que le dan un marcado aire de judío de Bayona; pero es un hombre serio, laborioso y muy estimado en el barrio. El hijo, corpulento, lleva en el

rostro una extraña mueca de bondad y de socarronería. Mientras echa un remiendo á una marmita ó termina un orisallu, Pepe Artola, que es además un maestro en el contrabajo, está ideando una farsa graciosa, una fábula, unas agudezas al estilo de aquellas de Bertoldo y Bertoldino, que luego recitará en la taberna de Goñi ó en una velada teatral, con gran regocijo y de sus oyentes. Rosario Artola, poetisa más sutil, más delicada, también escribe versos; acaso los únicos que escribiera mujer vascongada.

La flauta encantada

Locario (Leocadio) es un virtuoso de la dulzaina, con la que ha recorrido las Américas, como Iparraguirre con su guitarra; con la dulzaina imita cualquier instrumento, cualquier animal: ladra, silba, maya, carea. Cuando no tiene dulzaina, la improvisa con una caña, con un cartón. Además, emulando al famoso Angulo (que tocaba el clarinete con el mayor disimulo), Locario toca la dulzaina con las narices.

La masa coral. Cada taberna es un Nuremberg: cada seis bebedores un orfeón. Sólo se cantan dos composiciones: si no hay un solista en la masa, el coro entonará el "Boa, boa", que no es un canto á la ser-

LA CALLE DEL PUYUELO

piente, sino un coro de marineros, en el que es dice que tienen que ir muy lejos, pero no se mueven de la mesa hasta que los echa el sereno.

Si hay un solista, por mediano que sea, al “Boa, boa” seguirá el “Ume eder bat”, con su acompañamiento de “Iara, lá” y su calderón.

Un veraneante pidió á uno de los orfeonistas una traducción de la famosa romanza: he aquí lo que escribió el... interpelado:

“Yo me hay visto una cría preciosa en las calles de San Sebastián. Sin decirle siquiera una cosa, Imposible á su lado pasar. La sintura tenía estrechita, En el aide se andaba los pies. ¡Yo no hay visto mujer más bonita de los ojos delante ni un ves!”

El pescador de perlas

Era bello y fornido, con la barba corta y domada, con la cara y el pecho como un bronce patinado. Llevaba un anillo en el lóbulo de la oreja izquierda: entraba en la taberna y levantaba su vaso de vino con una elegancia y una sensualidad helénicas. Tal era, entonces, Constantino “el Griego”, el que tendía sobre las limpias maderas de su barca pintada de blanco un terciopelo carmesí para que se sentaran las bellas.

Hace poco lo vi, blanco el cabello, pesadas las espaldas; no lo hubiera conocido á no ser por el anillo de la oreja, por el color verde de sus ojos y por el modo de tender el terciopelo sobre las limpias maderas.

¡Pobre viejo tritón del Mediterráneo!

Falstaff

Como en el retrato de Grütznér, es rubicundo, ventrudo, bien cuidada la dorada barba, y muy atildado y pulcro en su indumento. Saluda con ruidosas bromas á vecinos y comadres, á su paso por la calle, camino de alguna hostería de fama ó de vuelta de los Sanjuanés de Toluza, de los Sanmarciales de Irún ó de los Sanferminés de Pamplona, donde ha hecho alguna de las suyas; no es que haya cogido prisionero al duque de Alençon ni al de Bar, como sir John, el amigo de Enrique IV de Inglaterra; pero ha juzgado alguna broma pesada á los alguaciles, ha levantado camorra ó se ha quedado dormido sobre un banco con la más regocijante de las monas.

Su noble familia mira con agrio gesto la popularidad de don Angel y lo exhorta en vano; pero el “pollo relleno” venderá todos los días su

VICTORIANO JUARISTI

primogenitura por un plato de chipirones, comido entre algres camaras.

Tosca

Cavaradosi está en la cárcel, la de la calle del 31 de Agosto. La del Antiguo está en proyecto. Cavaradosi es un pintor... de puertas y ventanas, que ha faltado al séptimo mandamiento (¡La vida!), y ha sido condenado y encerrado. Pero un día se escapa, con sus grilletes, y la Guardia civil le agarra cuando se los está cortando en Polloe con el cincel de un cantero.

Todos los meses se detiene un coche ante triste portalón de la Audiencia, que está en el centro de nuestra calle. Abre la portezuela un golilla á lo Merimé, con aguda perilla, con un parche sobre un ojo huero, con estrecha casaca y agudo espadín. Entran los severos magistrados con sus negras togas y las frentes cenceñas. Va á visitar los presos de la cárcel. Cavaradosi les dirá que el rancho es malo, que las ratas molestan y que el jergón está podrido.

Sansón y Dalila

El era fornido, arrogante, como uno de los dos "tenantes" desn-

dos que protegen con sus mazas el blasón de Guipúzcoa. Ella era hermosa, de dulce mirada, de andar cadencioso y elegante. El Sansón bíblico luchó con un león, desgajando sus mandíbulas con sus forzudas manos. El Sansón de la calle del Puyuelo pasó cien veces ante dos leones, menospreciando su fiereza; acaso fuera él mismo quien los colocó, petrificados, en la escalinata del Congreso.

Su prestanza y su talla gigantesca culminaban el día del besamanos que hacía desfilar ante la reina María Cristina, en la Casa Consistorial, á sus leales súbditos de San Sebastián. Con su casaca galoneada, cruzando el pecho por bandas y constelado de estrellas, montaba en su carroza, ante la admiración de los filisteos de la calle. Su Dalila salía á despedirle al balcón con un gesto amoroso y luego se entraba á requerir sus tijeras; pero no las tijeras de la traición, que nunca la hubo en esta historia, sino unas tijeras cualesquiera, para cortar una prenda para un ropero de caridad.

Nuestro Sansón desaparecía cada otoño, y cerrábanse herméticamente las persianas verdes de su mansión, cuya bajera estaba llena de sacos de azúcar. Desde mi casa, yo veía el periódico retorno de las golondrinas á los nidos del alero de la casa del prócer; poco

LA CALLE DEL PUYUELO

después, las criadas abrían los balcones, lo sacudían y fregoteaban todo. Y en seguida llegaban los grandes baúles y los magníficos señores.

—Ahora es diputado. Ahora es vendedor. Ahora es ministro —comentaban los filisteos.

Un día, nuestro Sansón se vino abajo, arrastrando con su corpulencia no pocas cosas, entre ellas nuestra calle del Puyuelo, que entonces perdió su nombre y su carácter. Ahora se llama la calle de Don Fermín Calbetón y Blanchon; y, a pesar de nombre tan sonoro, ya no es nada, nada, nada.

El barbero de Sevilla

Es en la esquina de la calle de Narrica. Sobre la puerta se bambolea, brillante, el yelmo de Mambriño. Una clara y vibrante voz de tenor entona con brío y con gracia:

¡Sonno un barbiero
de qualità! ¡De qualità!

Pero el barbero que se asoma á la puerta no tiene nada de la figura gentil y truhanesca de Figaro. Es un hombre gordo y pesado, con una larga blusa, que prueba el filo de una navaja con un rápido vaivén, sobre la palma de la mano. Nos acercamos al establecimiento. En

un pequeño escaparate hay un chirimbolo que sostiene una pelota, dos pelotas, diez pelotas; parece que aguarda el teje-maneje de un malabarista. La voz del tenor sigue gargarizando:

—¡Figaro! ¡quá!
—¡Figaro! ¡lá!
—¡Figaro, Fígaro, Fiiígaro!

En la barbería hay un guapo mozo, sentado ante una rueda de afilar que gira vertiginosamente, echando chispas. El mozo canturrea en italiano, pero con una voz apagada; no es éste el intérprete de Rossini. La rueda marcha más despacio y se detiene luego; el hombre gordo se incomoda é increpa en vascuence á un ente invisible. La rueda vuelve á girar. El tenor termina su canción, y, bruscamente, los cristales y la cuchillería retiemblan al estrépito de unos formidables rebuznos que salen del sótano, donde un asno, humilde precursor del motor á explosión, acciona el truco con el que se ganaba la vida el amolador Gorozabel y su sobrino Eliseo, cuyo padre era un italiano que temblaba de fiebre y de anemia contraída en las minas.

¿Y el Conde de Almaviva? Yo le vi salir una mañana, muy rizado el bigote, muy galán. Y otra mañana le vi salir de la misma casa sin bigote y vestido de cura; lo mismo que en

VICTORIANO JUARISTI

la ópera. Fuíme tras él, y quedé pasmado viéndole celebrar en San Vicente el santo sacrificio de la misa.

¿Y Rossina? Sí; había una Rossina en la casa: mejor dicho, había dos, pero nada tenían que ver con el Conde de Almaviva.

Una de ellas... Figuraos el acto final de "Cyrano de Bergerac". Un poeta, con menos narices y menos ingenio, está sentado en el patio de un convento de monjas y rodeado de la Comunidad, á la que lleva los ecos del mundanal ruido; una monjita joven y bella insinúa en un silencio:

—¿Y de "nuestra" calle del Puyuelo no nos cuenta nada, doctor?

El poeta mira sorprendido á la monja, que se ha encendido en rubor, y bajo las tocas reconoce á la que ha volado desde la rúa bullanguera á los silenciosos y floridos claustros del Hospital Abaroa, de Lequeitio.

La otra Rossina no pudo volar tan alto. Como la protagonista de "Payasos", cayó en tierra mortalmente herida de una puñalada de un bruto, loco de celos.

La bohemia

Nuestra casa tenía un patio angosto y sucio, que cerraban, con aquélla, la contigua de la calle del

Puyuelo y dos de la calle de Esterlines. Mimí vivía, con otras grisetas, en una de estas últimas. Venían á visitarlas muchos Rodolfos, demasiados para una novela romántica. Sus transportes amorosos nos obligaron á poner recias cortinillas en las dos ventanas que daban al patio, de cuyo fondo subían, impregnándolo todo, el negro polvo de una carbonería y el vapor amoniaco de los retretes de una taberna. En uno de los pisos desgranaba un estudiante de organista las fugas de Bach, interrumpidas por los chillidos de las grisetas y de las ratas. En otro, debajo del nuestro, los del Euskal-Billera ensayaban el coro de una revista teatral. Y en la bohardilla, entre viejos trastos, teníamos un Club literario, donde acudían Pepe Villar, Zaragüeta, Miguel Echeverría, Raimundo Bueno, Alberro y otros ingenios de quince años, que limitaban su bohemia á recitar algunos versos, dibujar caricaturas, tocar el violín en el tejado y merendar sardinas viejas asadas á la parrilla. Entonces no había fútbol.

Tempestad

"¿Por qué temblar, si el cielo está sin nubes, si está tranquilo el mar?" En un balcón, un marinero ha puesto un muñeco pintado, á guisa de veleta. Sus brazos son dos aspas

LA CALLE DEL PUYUELO

que marcan la dirección del viento. Ahora está quieto; pero de pronto, gira sobre sus talones y da dos manotazos al aire; algunas maderas se cierran con estrépito, el cielo se oscurece, y el monigote parece un poseído, un endemoniado, un energúmeno, un pugillista loco, frenético, en lucha con invisibles enemigos que lo sacuden, lo golpean, le hacen dar cien vueltas en un sentido y cien en el otro. La galerna se mete bramando por las calles, levanta las tejas y aulla en las bohardillas.

—¡Mujer! ¡La barca de tu marido y de tu hijo baila panza arriba sobre las olas, los hombres tragan el agua salada y se hunden en los abismos!

La galerna entra también por los portales, y anuncia:

—¡Ya se ahogó Cosme, el joven piloto!

—¡Ya se ahogó Enrique Jordá, el bravo capitán!

Una hora después, en la negrura del cielo se hace un agujero azul, cada vez más grande. El muñeco parece recién pintado y muestra su contento girando suavemente, á la derecha y á la izquierda, con los brazos extendidos.

Marcha final

En aquellos tiempos, el agua potable no llegaba á los pisos, y ha-

bía que traerla con herradas sobre la cabeza de las mujeres. Dos veces al día, mi madre, la bien plantada Bernarda, subía los cuatro pisos con la pesada sulla en equilibrio, desde la plazuela de Esterlines; y una vez por semana, con un gran barreño de ropa, recién lavada junto al portalón del Muelle.

Encontrábase en el camino con alguna amiga, que acudía á iguales menesteres, y deteníanse las dos para contar de su vida y (puedo añadir) milagros en el orden económico. Una de aquéllas, la tendera de casa de Chimas, tenía pegado á sus faldas, como yo á las de mi madre, un “muquizu”; y era tema preferente de conversación nuestros progresos en la escuela, que no era la misma para los dos, por lo que no fuimos camaradas.

Veinte años después... nos encontramos los dos mosqueteros del tiragomas en la escalinata de una negra mansión. Cubría su cabeza el negro sombrero de seda con la morada borla episcopal, y lucía en su pecho la roja insignia del priorato de las Ordenes militares. Llevaba yo en la mano el bastón doctoral, y en el pecho una encomienda. Y monseñor Irastorza, en nombre de Cristo, que nació entre los más humildes, y el doctor Juaristi, en nombre de Esculapio, que curó á los más miserables, cumplieron su ministerio junto á los

VICTORIANO JUARISTI

poderosos. Ni él me preguntó por la Bernarda, ni yo por la Ramona. Pedro yo vi á las dos mujeres, que subían la egregia escalera con sus herradas llenas del agua límpida, y con el corazón lleno del fervor, del heroísmo, de la virtud, de la fuerza del pueblo, que ciñe las coronas y las arranca.

PAGINAS LITERARIAS

EL ANATOMICO

(NOVELA)

POR VICTORIANO JUARISTI

(1930)

